



*Reflection from Fr. Melanio Viuya, MJ*  
*Sixth Sunday of Easter*

My dear friends, as we gather together on this 6th Sunday of Easter, I know that many of us may carry worries or feel alone in a world where truth and kindness sometimes seem so far away. If you've felt abandoned—by institutions that should protect you, by families in pain, or by leaders who do not deliver—you are not alone. The disciples, too, were anxious, fearing a future without Jesus. But into their fear, and into ours, Jesus speaks a gentle promise: "I will not leave you orphans." What a comfort these words are, especially in our lonely moments. Rather than filling that emptiness with noise or distractions, Jesus invites us to open our hearts to the Advocate—the Holy Spirit, the "Spirit of Truth." The Spirit steadies us when everything around us feels unstable, assuring us that we are never truly alone.

In the Second Reading, we're encouraged always to be ready to share the reason for our hope—not just our opinions or political beliefs, but our quiet, deep hope in Christ. I know this isn't always easy—in a world where cynicism shouts and hope often whispers. Yet when we choose hope, we gently resist despair and hold fast to the truth that the Resurrection is more real than the latest troubling headline. Let's remember, we are called to share this hope with gentleness and reverence. In a time that seems to reward criticism and outrage, our witness as Christians is to respond with kindness and humility. We don't share hope to win arguments, but to bring light and uplift others—our mission is to win hearts, not debates.

True love for Jesus is shown not just in our feelings, but in our actions—by choosing to live out his commandments, even when it's hard. Sometimes, love means stepping outside our comfort zones, reaching out to someone who feels like an outsider, or staying with a friend in their pain when we'd rather look away. Think of Philip, who brought joy to the people of Samaria. He didn't just talk about love—he showed it by his actions. Just as Philip brought healing and hope to those who were cast aside, we too are called to be instruments of healing and joy. When we live this way, amazing things happen—broken hearts are healed, burdens are lifted, and the "unclean spirits" of despair and fear are sent away. Our love for Jesus is not just a warm feeling; it is a commitment to act, to be present, to serve.

St. Peter calls us to be gentle and respectful, especially when we suffer for doing what is right. And Jesus, in the Gospel, makes it clear—love is something we live: "Whoever has my commandments and observes them is the one who loves me... And whoever loves me will be loved by my Father." My friends, when we put love into action, it conquers even our deepest sense of loneliness or abandonment.

One day, a traveler asked a lighthouse keeper stationed on a rocky, windswept coast, "Aren't you afraid here? The storms are so fierce, the waves so high. Don't you feel abandoned?"

"I don't have time to feel alone," he said. "I am too busy polishing the glass of the great lamp above. I don't have to fight the storm. My task is to make sure the light can be seen through it. If the lamp is clear, ships find their way safely. If I let the salt and dirt build up, they might crash."

That's our calling, too, this week and every day. We can't always calm the storms of our time, but we can keep the glass of our hearts clear through prayer, kindness, and gentle love. When we do, the Holy Spirit shines through us, and others find a reason for hope because of what they see in us. Let us be that light for one another and for the world. Amen.

*Reflexión del Padre Melanio Viuya, MJ*  
*Sexto Domingo de Pascua*

Queridos amigos, mientras nos reunimos este sexto domingo de Pascua, sé que muchos de nosotros cargamos preocupaciones o nos sentimos solos en un mundo donde la verdad y la bondad a veces parecen tan lejanas. Si alguna vez te has sentido abandonado—por instituciones que deberían protegerte, por familias que sufren, o por líderes que no cumplen—no estás solo. Los discípulos también estaban ansiosos, temiendo un futuro sin Jesús. Pero en medio de su miedo, y del nuestro, Jesús nos da una promesa suave: "No los dejaré huérfanos." Qué consuelo son estas palabras, especialmente en nuestros momentos de soledad. En vez de llenar ese vacío con ruido o distracciones, Jesús nos invita a abrir el corazón al Defensor—el Espíritu Santo, el "Espíritu de la Verdad." El Espíritu nos fortalece cuando todo a nuestro alrededor parece inestable, asegurándonos que nunca estamos realmente solos.

En la Segunda Lectura, se nos anima a estar siempre preparados para compartir la razón de nuestra esperanza—no solo nuestras opiniones o creencias políticas, sino nuestra esperanza silenciosa y profunda en Cristo. Sé que esto no siempre es fácil—en un mundo donde el cinismo grita y la esperanza suele susurrar. Pero cuando elegimos la esperanza, resistimos suavemente la desesperación y mantenemos la verdad de que la Resurrección es más real que el último titular alarmante. Recordemos, estamos llamados a compartir esta esperanza con mansedumbre y respeto. En una época que parece premiar la crítica y la indignación, nuestro testimonio como cristianos es responder con amabilidad y humildad. No compartimos la esperanza para ganar discusiones, sino para traer luz y elevar a los demás—nuestra misión es ganar corazones, no debates.

El verdadero amor por Jesús se muestra no solo en nuestros sentimientos, sino en nuestras acciones—al elegir vivir sus mandamientos, incluso cuando es difícil. A veces, amar significa salir de nuestra zona de confort, acercarnos a alguien que se siente excluido o acompañar a un amigo en su dolor cuando preferiríamos mirar hacia otro lado. Piensa en Felipe, quien llevó alegría al pueblo de Samaria. No solo habló del amor—lo demostró con sus acciones. Así como Felipe llevó sanación y esperanza a quienes eran rechazados, nosotros también estamos llamados a ser instrumentos de sanación y alegría. Cuando vivimos de esta manera, cosas increíbles suceden—corazones rotos se sanan, cargas se alivian y los "espíritus impuros" de la desesperación y el miedo se van. Nuestro amor por Jesús no es solo un sentimiento cálido; es un compromiso de actuar, de estar presentes, de servir.

San Pedro nos llama a ser amables y respetuosos, especialmente cuando sufrimos por hacer lo correcto. Y Jesús, en el Evangelio, lo deja claro—el amor es algo que se vive: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama... Y el que me ama será amado por mi Padre." Amigos, cuando ponemos el amor en acción, vence incluso nuestro más profundo sentimiento de soledad o abandono.

Un día, un viajero le preguntó a un farero que estaba en una costa rocosa y ventosa, "¿No tienes miedo aquí? Las tormentas son tan fuertes, las olas tan altas. ¿No te sientes abandonado?"

"No tengo tiempo para sentirme solo", respondió. "Estoy demasiado ocupado puliendo el cristal de la gran lámpara arriba. No tengo que luchar contra la tormenta. Mi tarea es asegurarme que la luz se vea a través de ella. Si el cristal está limpio, los barcos encuentran el camino seguro. Si dejo que la sal y el polvo se acumulen, podrían chocar."

Esa es nuestra misión también, esta semana y todos los días. No siempre podemos calmar las tormentas de nuestro tiempo, pero sí podemos mantener el cristal de nuestro corazón limpio a través de la oración, la bondad y el amor gentil. Cuando lo hacemos, el Espíritu Santo brilla a través de nosotros, y otros encuentran una razón para tener esperanza por lo que ven en nosotros. Seamos esa luz unos para otros y para el mundo. Amén.